

Cultivando relaciones sociales. Lo común y lo “comunitario” a través de la experiencia de dos huertos urbanos de Madrid

Nuria del Viso¹; José Luis Fernández Casadevante²; Nerea Morán³

Recibido: 9 de enero de 2017 / Aceptado: 25 de marzo de 2017

Resumen. Esta investigación etnográfica se centra en los huertos urbanos comunitarios con el objetivo de examinar en qué consiste su dimensión *comunitaria* y analizar de qué maneras se expresa. Para ello, el artículo aborda estas cuestiones desde un punto de vista socioespacial explorando las formas de producción de comunidad a través de la organización, relaciones, prácticas y discursos de los participantes. Se aborda la relación y apropiación del espacio urbano, produciendo *lugar* como un modo de construir comunidad. La comunidad resultante presenta algunos rasgos particulares, como la revalorización de la categoría de proximidad al tiempo que se desarrollan los lazos translocales, o la diversificación de formas de participación, que incluye formatos tanto presenciales como virtuales. El texto es un doble caso de estudio y comparación en dos huertos urbanos comunitarios de Madrid.

Palabras clave: Derecho a la ciudad; participación; movimientos urbanos; huertos urbanos; agroecología; lugar; comunidad; espacio urbano; comunes urbanos.

[en] Cultivating Relationships. The Common and the “Communitarian” Through the Experience of Two Urban Gardens in Madrid

Abstract. This ethnographic research on urban community gardens analyses what means and how it expresses the “communitarian” dimension of these projects. The article deals with these questions from a socio-spatial approach, exploring how community is produced through the organizational mechanisms, relationships, practices and discourses. It also addresses the group relationships and the appropriation of the urban space, producing *a place* as a means to create community. The resulting community group presents some distinctive traits, such as the revaluation of the category of proximity with a simultaneous development of translocal links, or the diversification of the forms of participating, which includes in-person and virtual formats. The text is a double case study and a comparison exercise in two urban community gardens in Madrid.

Keywords: Right to the city; participation, urban movements; urban gardens; agroecology; place; community; urban space; urban commons.

Sumario. 1. Huertos comunitarios, entre el derecho a la ciudad y los comunes urbanos. 1.1. Metodología. 2. Barrios, huertos y “huertan@s”, en contexto. 3. Organización y prácticas en clave comunitaria. 4. Producción y transmisión colectiva de conocimientos. 5. Sentidos y discursos en torno a “lo común”. 6. Articulaciones con otros agentes. 7. Conclusiones. 8. Referencias bibliográficas.

¹ Máster Universitario en Investigación Antropológica y sus Aplicaciones (Universidad Nacional de Educación a Distancia) y miembro de FUHEM Ecosocial. ndelviso@fuhem.es

² Sociólogo y Experto Internacional en Soberanía Alimentaria (Universidad Internacional de Andalucía) kois@garuacoop.es

³ Doctora en arquitectura (Universidad Politécnica de Madrid) y miembro de Surcos Urbanos. nerea.moran@upm.es

Cómo citar: Del Viso, N., Fernández Casadevante, J. L. y Morán, N. (2017). Cultivando relaciones sociales. Lo común y lo “comunitario” a través de la experiencia de dos huertos urbanos de Madrid, en *Revista de Antropología Social* 26(2), 449-472.

1. Huertos comunitarios, entre el derecho a la ciudad y los comunes urbanos

Durante los años setenta, el filósofo Henri Lefebvre (1978 [1969]) divulgó la noción de derecho a la ciudad como una fórmula omnicomprendiva que incorpora diversos derechos urbanos: a la vivienda, al espacio público, a los equipamientos sociales, a la centralidad, a un medio ambiente de calidad, a la movilidad y a la accesibilidad, entre otros, considerando que están condicionados o sólo pueden ser reales si van unidos al ejercicio de derechos culturales, socioeconómicos o políticos: a la identidad, a la formación, al empleo, a la igualdad jurídica, a la información, al lenguaje, etc. (Borja, 2003).

El derecho a la ciudad, así, no es tanto el derecho a disfrutar de una ciudad prediseñada, sino una reivindicación colectiva de participación en la producción urbana. El éxito de esta noción ha sido su apropiación por parte de movimientos sociales tanto del Sur como del Norte global, siendo referencia de luchas contra la segregación espacial, la exclusión residencial, la injusticia ambiental o la estigmatización de la pobreza (Sugranyes, 2010). El ejercicio del derecho a la ciudad se enraíza en el espacio local mediante prácticas de planificación y gestión colaborativa en las que las comunidades se apropian del espacio, lo recrean y piensan en su proyección hacia el futuro. Esto es especialmente evidente en el movimiento de horticultura comunitaria, en la medida en que articula experiencias de reflexión e intervención participativa sobre la ciudad y el espacio público.

En las zonas verdes urbanas tradicionales el diseño está predefinido y el uso normalizado, más allá de las tácticas de apropiación y la reversión de esas normas no hay posibilidad de intervenir directamente en la configuración, el diseño o la gestión del espacio y los elementos que lo conforman. Los huertos comunitarios cuestionan esta práctica centralizada y experta, reclamando el protagonismo ciudadano en una producción y gestión social del hábitat desde una perspectiva agroecológica (Dimuro, Soler y Manuel, 2013), y planteando la calidad de vida urbana en términos de interdependencia entre las personas y de ecoddependencia con la naturaleza (Riechmann, 2012).

La noción de comunes urbanos, junto al derecho a la ciudad, se propone como marco conceptual que articula las dimensiones ecológicas y sociales de la horticultura comunitaria (Fernández y Morán, 2015: 304). Mediante los comunes urbanos se renuevan y adaptan al contexto urbano las prácticas de la gestión comunitaria de recursos estratégicos, que tradicionalmente han constituido una alternativa a la dicotomía público-privado en la propiedad y gestión de bienes y recursos necesarios para la subsistencia de las comunidades (Ostrom, 1990).

Los comunes urbanos se diferencian en varios aspectos de aquellos comunes tradicionales —tierras, montes, riberas y ríos, y zonas de pesca— sistematizados por Ostrom. Al estar referidos a espacios netamente urbanos es más complejo definir las fronteras de los recursos compartidos y sus procesos de apropiación, así como delimitar la comunidad de usuarios y personas implicadas tanto en su

mantenimiento como en su aprovechamiento (Parker y Johansson, 2011). Si bien las comunidades a lo largo del tiempo nunca han sido compartimentos estancos y han mantenido relaciones translocales, sin bordes interior/exterior claros, las comunidades que se crean en entornos urbanos y en torno a comunes urbanos reúnen algunos ingredientes propios, siendo su porosidad y apertura uno de ellos. Por otra parte, la subsistencia de estas comunidades no depende del mantenimiento común y sostenible de estos recursos; esto no quiere decir que los usuarios no obtengan algún tipo de beneficio (ya sea económico, social o político), sino que, más allá del aprovechamiento del recurso para la propia subsistencia, son otras las motivaciones que están más presentes, ya sean de carácter cívico, político o ambiental (Castro Coma y Martí Costa, 2016). Por último, los marcos normativos y la estructura de la propiedad en los espacios urbanos hacen necesarios procesos de negociación y cooperación con los gobiernos locales, y el acceso comunitario se refiere principalmente a la gobernanza o gestión, y no a la propiedad o titularidad de los recursos (Barthel, Folke y Colding, 2010).

Desde su origen en EEUU en los años 70 los huertos comunitarios se han concebido como *comunes vecinales* (Linn, 2009), espacios de encuentro que intensificaban las relaciones sociales de los habitantes a partir de la recuperación y dignificación de zonas degradadas en los barrios desfavorecidos, y a través de su implicación en el diseño, construcción y gestión de estas zonas como espacios comunes. Más recientemente los huertos urbanos han sido categorizados como comunes urbanos verdes —*green urban commons*—:

(...) espacios verdes localizados en ámbitos urbanos, con diversas formas de titularidad, que dependen de la gestión y organización colectiva, y en los que los individuos y grupos de interés que participan tienen un amplio conjunto de derechos, entre los que se encuentra el de crear sus propias instituciones de control y decidir a quienes desean incluir en dicho sistema de gestión. (Colding y Barthel, 2012:159).

La relación entre el recurso material —el huerto— y la “comunidad” que lo utiliza, gestiona y mantiene colectivamente, supone un proceso de evolución, definición, identificación y transformación mutuas, que es la clave para definir estos espacios como comunes urbanos (de Angelis, 2003). Esta relación no se da únicamente en términos físicos, sino también vivenciales y cognitivos (Eizenberg, 2011). Castro-Coma y Martí-Costa (2016) argumentan que las comunidades “se construyen en la propia acción de gestionar y democráticamente gobernar recursos comunes. [...] Es precisamente esta práctica social de comunalización la que convierte bienes, servicios y espacios públicos [...] en recursos comunes” (ibídem: 143).

La noción de “comunidad” ha sido uno de los conceptos inspiradores que han acompañado desde sus inicios a los huertos comunitarios, siendo uno de los atributos asociados a su denominación y que se ha sido resignificado desde la práctica. Se ha procedido a dejar de pensar en términos de “comunidad de destino”, en la que uno es arrojado y donde existen unas nítidas fronteras geográficas y simbólicas que definen la pertenencia, para manejar nociones de comunidad más abiertas y flexibles, en las que se pone en valor la elección y la autorreflexividad a la hora de construir

identidades colectivas (Delanty, 2006). La comunidad y la acción colectiva que esta posibilita es construida social e intencionalmente (Melucci, 2001).

Los huertos urbanos se configuran como alternativa y polos donde se entrecruzan distintos ejes de reivindicación política, de las propuestas ecologistas a las de la economía crítica (López y López, 2003; López, 2015). También demandan una participación en las decisiones en el espacio público. A estas cuestiones más generales se añade la actuación en el espacio inmediato del barrio, tanto rehabilitando espacios degradados como recomponiendo los lazos sociales y de afectos; la dimensión “comunitaria” adquiere así gran relevancia (Fernández Casadevante y Morán, 2012). Aunque en este caso nos centramos en dos huertos de Madrid, ejemplos similares se dan en otros puntos del territorio estatal: Can Masdeu, huerto del Forat o Hort Indignat en Barcelona, Huertos Autogestionados de Benimaclet y Cabanyal horta en Valencia, y Huerto Miraflores y Jardín del Moro en Sevilla, entre muchos otros.

Concebir los huertos comunitarios como comunes urbanos requiere diferenciar los tres elementos característicos de los comunes: el recurso, la comunidad y el modo de gestión. En este estudio nos hemos centrado en el segundo, examinando cómo los colectivos se reconocen y conforman como comunidades a través de sus prácticas, rituales y costumbres; de las formas de gestión colectiva; de los mecanismos de producción y transmisión de conocimiento; de la apropiación y transformación del espacio; y de la relación con otros agentes y comunidades.

En este texto indagamos las transformaciones experimentadas en el concepto de comunidad a raíz de los cambios ocurridos en torno a los procesos de movilización ciudadana y la emergencia de los comunes urbanos. En concreto, el artículo se propone explorar los sentidos y discursos sobre la “comunidad” y lo “comunitario” que se produce en dos huertos urbanos de Madrid, así como las formas y prácticas en que se plasman estas nociones e imaginarios.

1.1. Metodología

El texto examina dos casos de estudio: los huertos de Adelfas y Batán, situados en el municipio de Madrid. Hemos empleado las herramientas más habituales de la metodología etnográfica, combinando el trabajo de observación participante en asambleas y reuniones, la asistencia a jornadas de sensibilización, formación técnica, y asesorías a grupos promotores; y la participación cotidiana en ambos huertos. Esta tarea reflexiva se ha acompañado de diversas entrevistas en profundidad y entrevistas grupales semiestructuradas con personas de las dos iniciativas, vecinos, responsables del Ayuntamiento y de la Red de Huertos Urbanos Comunitarios de Madrid. Paralelamente, hemos realizado la revisión de documentación relevante —pliegos del Ayuntamiento, actas de asambleas de los huertos, documentos de la Red de huertos, webs, etc.— y de la literatura académica. En cada uno de los casos partíamos de posiciones distintas: mientras en Huerto Batán se ha realizado trabajo de campo durante varios meses, con una entrada y una salida del campo que podríamos denominar “clásica”, en el caso de Adelfas dos de nosotros participamos en el proyecto desde sus inicios. En este texto, realizamos un ejercicio comparado del material etnográfico recogido en ambos huertos.

2. Barrios, huertos y “huertan@s”, en contexto

Los huertos comunitarios de Adelfas y Batán, con más de cinco y cuatro años de historia, respectivamente, representan dos iniciativas de horticultura urbana consolidadas en la ciudad de Madrid. Entre las razones para elegir estos casos de estudio figura su consolidación y el hecho de que comparten un itinerario histórico similar —pasando de la ocupación alega a la regularización, a la vez que tienen particularidades que los hacen muy diferentes entre sí, como la composición social de los grupos, organización interna, relación con los tejidos asociativos de los barrios, etc.—, tal como examinamos a continuación. También contrastan en su ubicación: el Huerto Adelfas está situado al sur del distrito de Retiro, lindando con Puente de Vallecas, un barrio con una larga trayectoria de movimiento vecinal; mientras el Huerto Batán se sitúa en una zona más periférica, en Lucero, distrito de Latina, barrio de relativa nueva edificación —seis décadas— y con menor tradición de articulación social, que en origen acogió a población de la migración rural; recientemente ha experimentado la llegada de población más joven de orígenes diversos.

Un punto de contraste entre los dos huertos remite a las distintas condiciones de su origen. Huerto Adelfas se creó en 2010, producto de la dinámica de articulación vecinal. El barrio cuenta con una activa asociación vecinal desde hace 36 años, y con el Centro Social SECO que tiene una trayectoria de 25 años en el barrio de Adelfas⁴. En este periodo el centro ha pasado de ser un espacio juvenil ocupado a conformarse en un eje de participación vecinal más amplio y heterogéneo en el distrito de Retiro; actualmente acoge una diversidad de asociaciones y proyectos. La idea de crear un huerto “comunitario” surgió, por un lado, del propósito de la asociación vecinal de movilizar el barrio a través de nuevos proyectos, y por otro, de la necesidad de dar respuestas a las evidentes manifestaciones de la crisis social y ecológica en la realidad urbana a través de la agricultura ecológica. Si bien este huerto nació estrechamente vinculado a la asociación vecinal, actualmente se ha consolidado como proyecto que se desarrolla de forma autónoma; tan solo una persona comparte militancia entre la asociación y el huerto. Desde 2010 venía funcionando de forma alega en una parcela ocupada, hasta que en 2015 se regularizó su situación en una zona verde muy próxima a su anterior emplazamiento y junto a la sede de Centro Social SECO, lo que permite potenciar las sinergias entre ambos proyectos.

Por su parte, Huerto Batán tiene un origen muy distinto: nació por iniciativa de una pareja, Isabel y Pedro, ambos en la cincuentena. Isabel, ingeniera forestal y máster en agricultura urbana, está muy motivada por los huertos comunitarios y la agroecología. Ya contaba con experiencia en la gestión de huertos sociales a través de un proyecto municipal de vinculación intergeneracional a través de huertos en Alcorcón, población del área metropolitana de Madrid, y había participado en diferentes movimientos sociales, entre ellos la asamblea del 15M del barrio. Pedro cuenta con una larga experiencia sindical, además de conocimientos de horticultura en su propio huerto.

Estos orígenes diversos marcan trayectorias diferentes, aunque paralelas, en los dos huertos, que iremos desgranando a lo largo del texto. En cuanto a su localización, puesta en marcha y consolidación, el Huerto Adelfas se ubica, como se ha dicho, en el sur del distrito de Retiro, en una esquina delimitada por una vía de circunvalación

⁴ Véase <http://www.cs-seco.org/>

como la M30 y las vías del tren. Nació en 2010, tras varios meses de preparación por parte de la Asociación Vecinal Los Pinos, como una fórmula para recuperar el valor de uso de un espacio urbano abandonado y degradado. Está localizado en una antigua zona de casas bajas que había sido sometida a un proceso de remodelación y en el que el tejido asociativo de la zona había estado involucrado durante siete años para evitar el desalojo de los vecinos y garantizar la continuidad del centro social. Durante un proceso de investigación participativa sobre cómo reorientar la actividad de la asociación, entre los participantes aparecieron demandas de espacios de encuentro, zonas verdes de proximidad y recuperación de la vida de barrio, y de ahí surgió la idea de poner en marcha un huerto “comunitario”. Se redactó un proyecto para presentarlo ante la Junta de Distrito, que aunque apoyaba la iniciativa, carecía de competencias para su regularización. Posteriormente fue presentado ante el Área de Medioambiente del Ayuntamiento de Madrid, entidad que valoró positivamente la iniciativa, pero sin comprometerse. Ante esta situación de *impasse*, el grupo impulsor del huerto decidió iniciar las conversaciones con el Ayuntamiento a la vez que se ocupaba la parcela y se ponía en marcha el huerto, que muy pronto atrajo a personas ajenas al tejido asociativo vecinal. La asociación vecinal se fue retirando progresivamente, al tiempo que se conformaba en el huerto un grupo motor de unas 15 personas. En torno a este grupo había un segundo anillo de unas 50 personas que participan de forma regular o cuando hay actividades especiales programadas, como las denominadas jornadas de “Huertas Abiertas”. La mayor parte de los participantes vive en los alrededores del barrio. Un grupo importante de ellos habita en las nuevas viviendas de mayor nivel adquisitivo construidas tras la remodelación de la zona. Se trata de personas de clase media y con edades que oscilan entre los 25 y 45 años. Este grupo, sin experiencia asociativa previa, convive en el huerto con otro grupo de personas jóvenes vinculadas al movimiento asociativo. Algunos de los participantes proceden de otros países, principalmente Ecuador, Italia, China y Argentina.

Por su parte, Huerto Batán se ubica en la periferia de Madrid, en Lucero, un barrio modesto dentro de un distrito popular de clase trabajadora, aunque no está entre los más pobres de la ciudad. El barrio está literalmente dividido en dos por una de las seis autovías radiales que salen de Madrid; en la parte más pequeña y antigua se encuentra Batán, y al otro lado de la autovía, la parte más grande y moderna que da nombre a todo el barrio, Lucero. Aunque cuando se edificó la zona estaba bastante alejada del centro, la expansión de la ciudad hacia el sur, su cercanía a Casa de Campo y el fácil y rápido acceso al centro en transporte público han revalorizado el área, aunque mucho menos la parte de Batán, debido a la antigüedad y menor calidad de sus viviendas.

Un año después del 15M⁵, Isabel fue quien localizó el solar, una parcela entre unas canchas deportivas que lindan con la autovía y delimitada por el fuerte desnivel que marca una división natural con los nuevos edificios de Lucero. El solar, de unos 500 m², está oficialmente asignado a usos deportivos en el Plan General de Ordenación Urbana de 1997, pero por su ubicación entre las canchas y el terraplén, perma-

⁵ Fenómeno de protesta popular, simbolizado por las acampadas en las plazas, que partiendo de Madrid se extendió a toda España en mayo y junio de 2011 y posteriormente a otras ciudades europeas y estadounidenses —movimiento *Occupy*—. Sus principales reivindicaciones se centraban en la regeneración democrática —mayor participación ciudadana en el desarrollo y decisión de las políticas públicas, transparencia y lucha contra la corrupción...— y la justicia social ante los recortes en los derechos sociales producidos tras la imposición de las políticas neoliberales de recortes de los derechos sociales.

neía en desuso. Allí se acumulaban basuras y desechos hasta que fue ocupado por los “huertan@s”, una de las formas en que se autodenomina la agrupación en torno al huerto. Posteriormente, el colectivo ha recibido en cesión del Ayuntamiento un terreno anejo de unos 4.000 metros², aunque mantienen ocupado el anterior huerto.

Como en Adelfas, la mayoría de las personas que iniciaron el huerto no se conocen entre sí. Este colectivo se caracterizaba, según los testimonios, por la heterogeneidad en términos de edad, formación, profesión y procedencia, en correspondencia a la diversidad social del barrio. Se compone de unos 40 participantes asiduos, más otros tantos eventuales, de los cuales un 60% vive en el barrio y un 40% procede de otros distritos, incluso de otras localidades, una singularidad que obliga a repensar la narrativa de que son iniciativas impulsadas por los vecinos del barrio, o al menos reformula con nuevos sentidos la noción de “vecino”. En torno al 10% de los asiduos proceden de otros países. En contraste a la juventud presente en otros huertos madrileños, la edad media ronda los 45 años.

Ambos huertos contrastan en su vinculación al 15M. Mientras que Adelfas surgió el año anterior al estallido del movimiento ciudadano de la Puerta del Sol, Huerto Batán es producto directo de la efervescencia generada por el 15M y su desplazamiento a los barrios pasadas unas semanas. Sin embargo, ambos proyectos comparten objetivos similares en la producción de espacios de relación con la naturaleza en la ciudad, las formas de relacionarse en el entorno del huerto y los cuidados personales y en una forma de organizarse que tiene lo “comunitario” como objetivo central, aunque, como veremos más adelante, los sentidos y formas de lo “comunitario” varían según los colectivos y personas.

3. Organización y prácticas en clave comunitaria

El sentido “comunitario” en estos huertos se sustenta en varios elementos. El grupo se organiza en torno a una tarea, el cultivo de un terreno urbano bajo criterios ecológicos, y, por tanto, puede considerarse, como lo define Stravides (2011), como “comunidad-en-el-hacer”. El grupo se autoproduce en su propia actividad. En segundo lugar, la gestión colectiva de unos recursos compartidos —espacio de cultivo, herramientas y otros utensilios, etc.—, así como de las reglas y normas que permiten su funcionamiento, pueden adoptar formatos muy variados en tanto en cuanto la gestión de algunos de los recursos sea colectiva. En tercer lugar, en la producción y diseminación de conocimiento compartido. Por último, en las formas de relacionarse en el entorno del huerto y los cuidados personales. En nuestro análisis nos centramos especialmente en los puntos segundo y tercero.

Se trata de unas prácticas que abarcan tanto los mecanismos organizativos más formales y explícitos, como aquellas dinámicas grupales más informales que permiten gestionar de forma colectiva el huerto, sin que haya asignaciones individuales de espacios para el cultivo. Ambas iniciativas entienden lo “comunitario” como un bien que es de todos/as, aunque en otras experiencias podríamos encontrar otras definiciones y percepciones debido a la polisemia que rodea a esta noción.

Las dos iniciativas se organizan formalmente de forma asamblearia. Es en la asamblea, abierta a las personas que participan de los proyectos, donde se toman las decisiones de mayor calado. En Adelfas se convocan de forma periódica, aunque no regular, mientras que en Huerto Batán celebran asambleas de forma mensual; ade-

más se crearon una serie de comisiones operativas —como las de planificación de plantación, tesorería, mantenimiento, comunicación y blog—, para el funcionamiento en el día a día, que sin embargo con el paso del tiempo han ido perdiendo fuelle. De forma complementaria ambas iniciativas cuentan con listas de correo y espacios de comunicación virtuales, como una lista de distribución o un blog, que facilitan la interacción entre los miembros y con otros agentes.

Más allá de estos mecanismos formales, con sus bondades y deficiencias, los huertos resuelven muchas cuestiones cotidianas de manera informal, en base al conocimiento experto y situado. Las personas a las que más les gusta, interesa o saben, asumen responsabilidades específicas, como explica Paloma, psicóloga en ejercicio, con una larga trayectoria en Huerto Batán:

[Empleamos] una forma de liderazgo que es adaptable a las necesidades, al contexto, a las personas que hay y a la tarea. Aquí, por ejemplo, el líder de cada tarea, sin haberlo hablado, es quien sabe más. Estamos con construcciones, con “los egipcios”⁶, pues hacemos lo que nos dice el que sabe más; estamos con plantaciones, pues las que saben más son V., R. e I.; estamos con setas, pues es V. Y, naturalmente, todo el mundo asume que ahora hacemos lo que dice la persona líder en cada momento. Y me parece que no hay forma mejor, más inteligente de organización grupal, en función del conocimiento de la tarea, y nadie puede apegarse a eso ni utilizarlo para nada porque la estructura no se lo permite.

Los dos huertos aplican una dinámica basada en liderazgos temáticos que resulta muy operativa y funcional, pero que genera dependencias, la fijación de roles y excesivas responsabilidades en determinadas personas. Además, implica una asistencia continuada para poder acceder a la toma de decisiones más cotidianas, basadas en la resolución de cuestiones prácticas. Es la presencia la que aporta legitimidad a la hora de decidir. Elena, ingeniera forestal del Huerto de Adelfas, afirma que:

Tiene mucho que ver con la asistencia. Puede que no sepas mucho de nada pero si estas viniendo todas las semanas tres veces coges la dinámica del sitio. El que viene una vez cada mes o cada dos meses, le falta cómo engancharse. Fallamos con la falta de asambleas y reuniones que permitan a la gente saber qué hacer y transmitir que las personas que vienen de seguido puedan tomar más decisiones (dónde se plantan las cosas, qué se coge...). Y eso quiebra un poco la horizontalidad porque se generan liderazgos.

El reparto de tareas en ambos espacios se sostiene de forma pragmática en una cierta especialización en virtud de la afinidad y lo que gusta, combinando esta autorregulación de las apetencias con el desarrollo de determinadas tareas que deben realizarse de forma obligatoria. En Huerto Batán el grupo decidió dividir las tareas en “impepinables” y “opcionales”. Las primeras cuentan con sus respectivos res-

⁶ Apodado así el grupo de hombres de la comisión de mantenimiento, desde que en el acondicionamiento del huerto encontraran en noviembre de 2015 un bloque de granito de 1,5 tn que subieron con cuerdas por la pendiente de tierra de la parcela y que se dejó como banco.

ponsables, mientras que las segundas no, y se realizan en función de las afinidades personales. Sin embargo, las tareas más pesadas o monótonas, como barrer o remover la compostera, se reparten entre todos. Jorge, educador ambiental y participante de Adelfas, comenta cómo “hay un momento en el que por dinámica te tienes que encargar de otras cosas más allá de las apertencias. Un día te apetece estar con esta persona que es especialista en algo y empaparte de cómo hace las cosas, pero te responsabilizas y asumes lo que toca hacer”.

La gestión económica de ambas iniciativas se inspira en la autogestión, la capacidad de generar sus propios recursos económicos necesarios para desarrollar la actividad. En el caso de Adelfas se financia mediante la realización de comidas populares o la venta de *merchandasing* —chapas, bolsos de tela, etc.—, así como con aportaciones individuales que muchas veces no se repercuten a las cuentas comunes. En el pasado, cuando hubo que hacer las inversiones económicas iniciales —compra de tierra, herramientas, etc.—, contó con el apoyo económico de la Asociación Vecinal impulsora de la iniciativa. En Huerto Batán, por su parte, quienes participan y pueden pagan una cuota de 5 euros al mes, uno de los requisitos para ser socio/a, pero la cuota no es obstáculo para poder participar en el proyecto. En ocasiones extraordinarias, se piden derramas para gastos especiales, que suelen cubrirse con considerable éxito y rapidez, como ocurrió después de producirse un robo en la caseta. Aunque estaba prácticamente cubierta, esta derrama se saldó con un hecho inesperado cuando la tesorera, Victoria, descubrió con alegría una donación anónima por prácticamente la totalidad del importe de las herramientas sustraídas. “Para que durmáis con una sonrisa”, fue el título del email que envió al grupo para comunicarles este hecho.

Los huertos urbanos comunitarios recuperan en la ciudad algunos rasgos emancipadores típicos de la socialidad campesina, como cierto grado de autonomía económica y autosuficiencia alimentaria, cultura agronómica, dinámicas de ayuda mutua, trabajo comunitario en momentos puntuales del año o de forma permanente, así como una fuerte apropiación cognitiva del espacio, aspecto que revisamos más adelante. Esta dinámica se refleja a la hora de repartir las cosechas, que se dividen de forma equitativa entre las personas presentes, recolectando en función de la cantidad de gente que haya acudido. Este mecanismo está basado en la confianza y la autorregulación del colectivo. A menudo, hay que incentivar a la gente a llevarse verduras más que coartarla ante posibles abusos. Un ejemplo de estas dinámicas se observa en Huerto Batán. En cierta ocasión, uno de los “huertan@s” de cierta edad se fracturó un pie trabajando en el huerto y no pudo acudir durante algún tiempo; sin embargo, se apartaba para él un montoncito en cada reparto y alguien se lo llevaba a casa, en el entendimiento que su trabajo había contribuido a la producción de esas verduras. En el de Adelfas se suelen regalar algunas verduras a las personas que se acercan a visitarlo. En sus inicios también se llevaba parte de la cosecha a la antigua quiosquera del barrio, cuyo puesto de periódicos —que ya no existe— era un punto de información para el huerto comunitario y el conjunto del tejido asociativo.

Un rasgo diferencial de lo comunitario, resaltado por Susana, arquitecta en paro de Adelfas, “tiene que ver con que cada uno no tenga su parcela, que cada uno no se encargue, trabaje y coseche un espacio delimitado. Eso es muy chocante para la gente, le parece sorprendente que vengas a currar sin saber qué te vas a llevar”. Al no destinarse lo cultivado a propósitos comerciales se acaba promoviendo una suerte de economía del don (Mauss, 2009 [1925]), en la que no existe una cuantificación de lo aportado por cada persona y lo que recibe, el valor de lo que donan y lo que se

llevan. Estaríamos hablando del fomento de relaciones de reciprocidad no mensurables. Siguiendo a Latouche (2007) en la contraposición entre la lógica del don y la comercial, vemos que los motivos de la donación no anulan las expectativas precisas, aunque la realización de éstas es incierta, la evaluación cuantitativa es imposible y la relación no se liquida con la producción de la contrapartida (Latouche, 2007:55).

Además se promueven dinámicas informales de apoyo mutuo y solidaridad entre las propias personas del huerto al estrecharse las relaciones personales, como sostiene Susana, del Huerto Adelfas “Cuando nos conocíamos menos hablábamos más de plantas. Ahora que nos conocemos hablamos más, de qué nos pasa en la vida”. En términos muy similares se expresa Victoria, tesorera de Huerto Batán y administrativa de 50 años: “Ahora, ya más que los tomates, es la relación con las personas”. En ambos casos, con el paso del tiempo la dimensión relacional y de encuentro se constituye en una cuestión central que llega a competir en atractivo con la dimensión hortícola, más relevante al inicio.

Los huertos urbanos terminan por establecer una serie de prácticas cotidianas o festivas (celebraciones, comidas populares, eventos, etc.) que funcionan como la argamasa que cohesionan a los grupos y lleva a una comunidad a producirse y a reconocerse a sí misma como tal. Es en la propia acción colectiva de movilización ciudadana la que produce “comunidad” en el ejercicio de su acción y en base a las propias prácticas participativas y colectivas de “hacer común” y compartir bienes comunes en el espacio urbano. Es lo que Stravides⁷ ha denominado “comunidad-en-el-hacer”, una “comunidad” que posee rasgos *autopoieticos*.

El grupo se concibe como comunidad de cuidados, que cuida a la tierra, a otros participantes y a uno mismo. Se trata de un conjunto de hábitos y prácticas cotidianas que por sedimentación terminan creando un sistema significativo (Maffesoli, 1988), mucho más relevante para el funcionamiento y la comprensión de las iniciativas que las propias normas formales que, aunque conocidas, quedan relegadas a la resolución de cuestiones relevantes o grandes conflictos.

Por otro lado, pasando a examinar otras dinámicas dentro de estas iniciativas, más allá de la imagen idealizada de los huertos urbanos comunitarios como lugares libres de conflicto, se trata de espacios que, con sus propias singularidades, se hallan también atravesados por las tensiones presentes en la sociedad donde están insertos, y que las relaciones e intercambios pueden hacer aflorar. Dicho esto, el nivel de conflicto varía mucho según los huertos, dependiendo de distintos factores como el nivel de cohesión interna del grupo fundador, si hay o no una acción coordinada y una visión común. En los huertos objeto de estudio, sin ser conflictos vividos de forma muy intensa, según expresan los participantes de ambos huertos, se podrían identificar una serie de tensiones recurrentes que hay que ir gestionando mediante una suerte de equilibrio dinámico.

Es posible observar problemáticas compartidas entre ambas iniciativas que nunca se resuelven de manera definitiva y entre las que destacamos: a) las contradicciones entre una noción ideal de participación comunitaria en el proyecto y en el barrio frente a las imperfectas prácticas efectivas, lo que genera algunas frustraciones y situaciones incómodas a algunos de sus participantes; b) los tipos de liderazgo más activos centrados en cumplir objetivos y hacer cosas, frente a

⁷ Stravides, S. (2011, borrador). Brazilian urban movements “re-inventing” the city as collectively produced “common”. [No publicado]. Citado en Castro-Coma y Martí-Costa 2016:143.

otros más pacientes que buscan hacer aflorar sensibilidades diversas y cohesionar el grupo. En este sentido, resulta importante intentar explicitar estos liderazgos de cara a poder gestionarlos de la forma más democrática posible; c) las fricciones entre los tiempos personales y los tiempos comunitarios, lo que se traduce en niveles de compromiso efectivo dedicados al proyecto muy variables, lo que dificulta una combinación satisfactoria entre apetencias y responsabilidades. El objetivo de extender la participación al número más amplio y diverso de personas debe posibilitar niveles variados de implicación, incluyendo desde la colaboración puntual a los imprescindibles grupos motores muy intensos en actividad. Este fue, precisamente, el motivo del conflicto surgido en Huerto Batán, y que el grupo resolvió creando dos categorías de participantes, según quedó recogido en el acta de la asamblea de noviembre de 2014: los de “compromiso estable” y los “de compromiso esporádico”; d) la necesidad de combinar un esfuerzo activo por mantener una comunidad abierta e inclusiva, a la par que se dedican energías al cuidado de los lazos entre las personas que participan y a la propia cohesión grupal, lo que exige un equilibrio constante entre apertura y repliegue en las dinámicas e iniciativas que impulsa el huerto.

4. Producción y transmisión colectiva de conocimientos

El huerto es un espacio relacional donde se cruzan intereses, conocimiento académico y saberes prácticos pertenecientes a una variedad de ámbitos, lo que ofrece un enorme potencial no solo para producir soluciones a retos técnicos puntuales, sino como campo donde investigar y experimentar inquietudes o generar conocimiento aplicado. En este proceso, se promueven intercambios y colaboraciones entre los participantes, en un proceso de aprendizaje colectivo que fertiliza los saberes de los huertos. El grupo comparte actividades conjuntas de forma regular y desarrolla sus propias soluciones ante los desafíos técnicos que se presentan en el huerto. Los dos casos de estudio constituyen espacios de producción y transmisión de conocimientos, aunque con distintas características y acentos, que ilustran distintas problemáticas presentes en los huertos urbanos.

Desde el inicio, en el Huerto Adelfas los participantes aportaron sus conocimientos previos en agroecología, autoconstrucción, dinamización de grupos, etc., que se han ido diseminando en el grupo y asentando con el tiempo de experiencia. La persistencia y la imitación son las principales herramientas al uso para la adquisición de saberes, junto a ocasionales talleres formativos que se realizan fuera y dentro del propio espacio. Además varias personas de Adelfas se encargan de formación específica en riego y autoconstrucción, entre otras vías, a través de Ciudad Huerto, programa de asesoría y acompañamiento a los huertos comunitarios que ofrecen la Red de Huertos y el Ayuntamiento de Madrid.

En Adelfas el traspaso de conocimientos se produce en base a intereses o apetencias de los participantes, que se implican en aquellas tareas que más les interesan. “Siempre hay cosas que hacer. Cuando llegas, de primera necesitas que te den pautas, pero en cuanto llevas un tiempo, ves el ritmo de la huerta e identificas las cosas que hacer” afirma Nacho, informático de unos 40 años. La democratización del conocimiento es vista como una herramienta para redistribuir liderazgos y diluir dependencias, lo que permite una mejor organización interna. Sin embargo, esta transmisión

de saberes sucede de forma irregular, no sistematizada, y es precisamente esto lo que se identifica como problema entre los participantes de Adelfas.

Así, algunos “huertan@s” consideran que el enfoque en la tarea hortícola y en actividades de socialización pasa por alto, en ocasiones, una transmisión de conocimiento más constante y ordenada. En esta línea se expresa Isaac, uno de los nuevos participantes: “A mí me han explicado cosas, pero falta algo de formación. Hay que combinar eso con la voluntad de la gente nueva por implicarse”. Este problema también lo detectan los que llevan más tiempo, como Elena, que señala: “Nos falla un poco el no depender de las personas que saben más de cada cosa. Y quizá deberíamos de trabajar eso de la transmisión de conocimientos”. La opinión de esta huertana veterana es secundada por Jorge, que aprecia que “falta un poco de pedagogía. Aprendemos imitando. A lo mejor a alguien se le cae una explicación. Debemos enseñar un poco más la parte hortícola”. A lo que un tercer hortelano añade un punto importante al relacionar la transmisión de saberes con la organización del huerto: “No sé si se soluciona con talleres formativos concretos, como riego, sembrar, etc., o lo que hacemos de dejar que la gente acuda a donde le interesa. Yo creo que es más un problema de organización porque falla el disponer del listado de tareas, el delegar la definición de qué hace falta, y de la capacidad de enseñar”.

Huerto Batán es exponente de una efervescencia y ganas de experimentar que constituye un rasgo que lo define. No son ajenas las inquietudes de Isabel en agroecología, permacultura y todo lo que rodea al saber hortelano. Como señaló Daniel, huertano de larga experiencia de Adelfas, “el núcleo duro de cada huerto imprime su esencia al proyecto”, y así ocurre en Huerto Batán. Este carácter experimentador se convierte, de hecho, en un atractivo para algunos, como Sergio, que cruza la ciudad desde su barrio en el norte de Madrid para acudir a Huerto Batán porque le motiva el proyecto de permacultura de un bosque comestible que el grupo ha diseñado y plantado en la parcela cedida por el Ayuntamiento en 2015.

Como comunidad de práctica, el huerto es un sistema que se autoorganiza y que ofrece una interpretación común sobre sus experimentos y “descubrimientos”. Paloma, huertana de Huerto Batán, señala: “Somos súper abiertos a la innovación, y no tenemos ningún problema con que las cosas salgan mal, como en otros grupos. Aquí, al revés. Cada vez que uno propone algo, ¡uuuuu! todo el mundo le echa leña, pone viento, ¡es un gusto!”. El enfoque ha consistido en dar espacio a los “experimentos que quien quiera puede proponer”, y que se realizan colectivamente, generando un aprendizaje grupal.

Como es habitual en una comunidad de práctica, cada uno se involucra dependiendo de sus propias motivaciones, conocimientos y lugar en ese colectivo. Sin embargo, es el grupo de innovadores —que coincide en buena medida con el grupo motor de Huerto Batán— el que marca el paso del grupo. Los “experimentos” generan parte del trabajo cotidiano de los “huertan@s” y los nuevos conocimientos acaban popularizándose en aprendizaje que circula por el grupo en mayor o menor medida, según los propios intereses y disposiciones, permeando gradualmente del centro a la periferia del grupo. Todo ello ha ido construyendo una base de saberes que actúa como elemento de orgullo, lo que refuerza la cohesión interna. Como el bosque comestible. Este proyecto, construido colectivamente, ha implicado más de seis meses de trabajo del grupo en pleno, con la construcción de un estanque, el excavado de los canales que recorren una parte del terreno del huerto nuevo y su acolchado con materia vegetal, y la planificación, adquisición y plantación de los árboles.

En Huerto Batán, la agrupación investiga y experimenta numerosas técnicas: restauración de carbono en el suelo; fauna y flora para mantener el estanque limpio; injerto; maceta enterrado para mantener la humedad; y esponja vegetal para el bosque comestible son algunas de ellas. Huerto Batán dispone incluso de un WC ecológico acondicionado con carbón vegetal para aguas menores, que se transforman en fertilizante natural. Frente al tipo de bancales elevados, comunes en los huertos de la Red, el último “experimento” de Huerto Batán ha sido probar a hundir un bancal, una técnica empleada en países áridos, como explica Isabel.

Junto a la producción de nuevo conocimiento, en ambos huertos se conjuga la recuperación de saberes tradicionales de miembros vinculados al entorno rural, pero también la adaptación de esos saberes al contexto urbano. En este sentido, Paloma de Huerto Batán cuenta el caso de un hortelano de avanzada edad que había cultivado un huerto en su pueblo.

Quería plantar patatas por el sistema de riego en surcos; no quería regar por goteo y regábamos con la regadera, así que toda la tierra se salía y las patatas se quedaban al aire, siempre estaba inundado el fondo, las patatas al aire, y volvíamos a poner la tierra. Aquello no funcionaba de ninguna manera. Le dejamos un año y entonces un buen día dijo: “bueno, vale, entonces, ¿cómo era la cosa de los bancales?”.

Desde esta óptica los movimientos sociales, como creadores y gestores de conocimiento, son actores educativos, más allá de que dispongan o no de espacios formativos formalizados. Lo decisivo no es qué pedagogía se sigue, sino el clima y las relaciones humanas vinculadas a las prácticas sociales. La educación no es más, ni menos, que un clima social inserto en relaciones sociales (Zibechi, 2005). En ambos huertos comunitarios la transmisión de conocimientos es inseparable del proceso de aprendizaje colectivo. Jorge, del Huerto Adelfas, lo confirma cuando sostiene: “Yo vine para poner en práctica cosas que había aprendido en la teoría como estudiante. Vine a aprender y ver cómo podía ser útil, y luego se convirtió en que eso era importante, pero lo que te hacía sentir bien era la gente con la que venías a hacer ese proceso de aprendizaje”.

Por su parte, en Huerto Batán la producción de conocimiento se constituye en señal de identidad del grupo según los intereses particulares de algunos de sus participantes, y de ahí se extiende en diferentes grados, también según sus intereses, al resto del colectivo. Sin embargo, para que el proceso fluya es necesario que haya personas con el empuje por saber más. El enorme interés por experimentar y el hecho de que las propuestas en este sentido se suelen acoger con entusiasmo y sin exigencia de resultado anima a algunas personas con estos intereses a acercarse al huerto. Tal fue el caso de Vicente, vecino de Lucero de 32 años, que se unió a Huerto Batán a principios de noviembre de 2015. Nutricionista de formación, ha desarrollado por afición el cultivo doméstico de setas japonesas, que se reprodujeron con gran éxito en el huerto en un pequeño invernadero improvisado sobre balas de paja y en posos de café, y que han sido degustadas con gran aprecio en las celebraciones colectivas. También ha desarrollado su inquietud por los insectos beneficiosos para el huerto, como las moscas soldado que aceleran la descomposición de los biorresiduos y que llevó como experimento a la compostera del huerto, y un hotel de insectos que ayu-

dan al control de plagas. Así, los experimentos de la huerta agroecológica promueven simultáneamente educación y concienciación ambiental. Miguel, mecánico en paro de 55 años, llegó a Huerto Batán sin conocimientos de agricultura ecológica, pero su asistencia casi diaria está cambiando esta situación.

Yo no tenía ni idea. Antes tenía un concepto de los huertos, pues eso, que en un huerto no había una mala hierba. Pues ya me han explicado que sí, que hay hierbas y plantas que... que son nutrientes para la tierra. [...] Ahora hemos sembrado titarros para que oxigenen la tierra, y eso le viene bien, es abono para la tierra. Fíjate, ¡todo lo contrario de lo que pensaba!”.

La actividad de los huertos urbanos y su labor de educación ambiental los convierte en semilleros de nuevas iniciativas. En Adelfas, además de la implicación en el tejido asociativo local consolidado —el Centro Social SECO antes mencionado, fiestas del barrio, reivindicaciones, etc.—, se han generado nuevos proyectos, como un grupo de consumo⁸ promovido por las mismas personas que el huerto, o el colectivo de tricotaje conformado por gente que bajaba a hacer punto al huerto. Por su parte, el empuje de Huerto Batán ha servido de activador de otros tres proyectos en el barrio: un grupo de consumo, un espacio de actividades culturales y una panadería ecológica, que se ha convertido en opción profesional para Lucio, uno de los impulsores de Huerto Batán.

En Adelfas desde el inicio surgió la cuestión de que la actividad política y el trabajo en los huertos comunitarios suponen una salida a intereses profesionales y saberes especializados que, aunque el mercado y la Universidad infravaloran, se demandan en otros circuitos. Algunas de las personas involucradas en los huertos urbanos se plantean el problema de cómo enriquecer la relación con su profesión desde una proyección territorial “reforzando directamente los lugares constructivos de comunidades locales” (Magnaghi, 2012). En palabras de Ramón, que ha terminado por profesionalizar su actividad de formación y diseño de prototipos de autoconstrucción con materiales reciclados: “Yo quería construir cosas y normalmente en otros espacios molestaba y, sin embargo, en el huerto esa habilidad era útil y se reconocía su valor”. También Jorge, ambientólogo de formación, que no solo ha adquirido conocimientos de agroecología sino que ha encontrado en los saberes hortícolas una vía profesional: “Además, [el huerto] ha sido mi formación profesional. Entré sin tener ni idea; ahora trabajo de educador profesional de huertos. Debería poner en el currículum que he pasado cuatro años aquí”, añade con humor.

En las dos iniciativas se aprecia que la producción de conocimientos se constituye en movilizador de los proyectos y elemento de articulación de los grupos. Sin embargo, se observa que en Adelfas los participantes más noveles demandan una transmisión del conocimiento más fluida y que circule de forma más capilar. En Huerto Batán, por su parte, se crea un proceso de producción y diseminación del conocimiento vinculado a los intereses de las personas, de modo que a veces recién llegados pueden ser grandes dinamizadores en la generación de conocimiento.

⁸ Reactualizando el legado del desaparecido grupo de consumo impulsado por la cooperativa de producción y consumo Bajo el Asfalto está la Huerta (BAH), que durante años tuvo su sede en el centro social.

5. Sentidos y discursos en torno a “lo común”

Las “comunidades” locales que dinamizan huertos comunitarios se organizan para regenerar a pequeña escala espacios urbanos degradados, conjugando una modesta transformación del lugar que enfatiza el valor de uso del espacio con una rehabilitación relacional que busca restablecer la calidad de los espacios mediante la intensificación de las relaciones sociales, ya sean vínculos convivenciales, fiestas populares, comidas o iniciativas culturales. Incluso cuando las motivaciones iniciales de los participantes fueran de índole individual (obtener alimentos o hacer ejercicio), la experiencia continuada en el huerto hace que emerjan como elementos clave de la participación en los huertos el apego al lugar y la conformación de fuertes sentimientos de comunidad y pertenencia (Partalidou y Anthopoulou, 2016).

El diseño colectivo, la transformación espacial y la corresponsabilidad en el mantenimiento de un espacio fortalecen los vínculos comunitarios de las personas implicadas, ofreciendo espacios de referencia que son imprescindibles para sostener en el tiempo estas tramas de relaciones sociales. En palabras de Mario, informático del Huerto de Adelfas:

Los pueblos y lugares pintorescos que nos gusta visitar han sido construidos por sus habitantes, los diseñaron y los construyeron. Los huertos son de los pocos espacios en los que podemos construir la ciudad. Este diseño es nuestro, nadie nos ha dicho diseñar un sol. La enseñanza es que puedes hacer la ciudad con tus manos, puedes plantar un árbol en un espacio público y dejar huella.

El huerto, como elemento de orgullo en el barrio, constituye uno de los ingredientes sobre los que se asienta el sentido de pertenencia, que alimenta a su vez un sentido de comunidad compartido. Victoria, una de las huertanas más antiguas de Huerto Batán, sintetiza: “Un espacio que cuidas y al que dedicas tiempo y esfuerzo, creas lazos afectivos por él. Es mucho más que una tierra, se convierte en “tu tierra” en un sentido afectivo, más que en términos de propiedad, por supuesto”. Una explicación muy similar a la dada por Nacho, desde Adelfas: “No es mi pala, ni mi planta. Al ser común, tengo más sentido de pertenencia. Me parece más importante, tengo que cuidarlo y defenderlo más que si fuera mío o del otro. Un espacio de todos y que no es de nadie, un bien común que podemos disfrutar todos pero que no pertenece”. Y que encuentra su reverso en las reflexiones de Susana, huertana de Adelfas, cuando plantea las dificultades que aparecen ligadas a estos modos de gestión: “Lo comunitario a veces implica la percepción de que no te encargas de algo concreto, lo que provoca una tensión entre el compromiso individual de lo que has plantado o de una parte del huerto. Por un lado, es flexible, y eso es bueno, pero por otro puede desincentivar el compromiso”.

La dimensión comunitaria es inseparable de la participación colectiva en el sostenimiento del proyecto, buscando relaciones lo más cooperativas y horizontales posibles a pesar de las tensiones que impone la realidad. Nacho, del Huerto Adelfas señala cómo le había definido el funcionamiento del huerto un niño de ocho años:

Mi hijo dijo: “aquí no hay jefe, esto es de todos”. Es la idea de un niño, pero que expresa cómo lo comunitario es lo que se piensa y se realiza entre todos. Probablemente es una de las cosas más importantes, no hay sentido de propiedad, de “esto

es mío”. La gente pregunta: “¿puedo tener un bancal?”, y les decimos: “No, es de todos”, para que no haya competencia.

Desde el Huerto Batán, Fernando, un funcionario de 60 años, militante en varios grupos, señala una visión muy similar: “¿Comunitario? Depende del sentido que des a la palabra. Yo entiendo que [el huerto] es comunitario en el sentido de que es una participación igualitaria y conjunta de todas las personas que participan allí. Cada uno aporta lo mejor de su saber y de su voluntad”. Nacho, de Adelfas, define el huerto como “Un espacio de compartir, conocer gente, educativo para mí y para mi hijo [...]. Un lugar donde volver a lo que era un barrio, charlar con los vecinos, en un espacio no comercial ni mediado por el consumo”.

No se trata de concebir la comunidad como una estructura moral que determina el comportamiento, sino de un recurso del que la gente puede aprovecharse y movilizar para conseguir cosas (Delanty, 2006). Desde esta perspectiva, la construcción comunitaria sería la forma que toman los vínculos entre las personas cuando estos se construyen de forma reflexiva y dialógica, una forma intencional de construir un “nosotros/as”. De forma similar concibe lo “comunitario” Ramón, de Adelfas: “comunitario es trabajar más en base a preguntas que a respuestas. Las cosas se deciden consultando, nadie impone”.

La multiplicación de iniciativas que ponen en práctica lógicas alternativas en clave comunitaria apuntan a un nuevo auge de los enfoques comunitaristas, que parecían sepultados por la emergencia de la ciudad industrial y el asentamiento de las sociedades modernas. Wellman y Leighton (1979) identifican tres abordajes académicos de los estudios de comunidad, que estos autores denominan “la comunidad perdida”, “la comunidad salvada” y “la comunidad liberada”. La primera hace referencia al debilitamiento de los lazos primarios en la sociedad industrial; la segunda, a la pervivencia de los lazos comunitarios en la ciudad a través de los vecindarios. La última combina partes de los dos enfoques anteriores. Wellman y Leighton sostienen que tales comunidades raramente coinciden con el vecindario en el espacio urbano; defienden una variedad de desarrollos estructurales y tecnológicos que han “liberado” a la comunidad de los confines del vecindario y han dispersado los lazos comunitarios en todo tipo de comunidades basadas en la solidaridad, ya no vinculadas a un espacio concreto (Wellman y Leighton, 1979: 377). Esto concuerda con los casos estudiados, ya que la “comunidad” que se crea en torno a los huertos excede la presencialidad: algunos participantes que han dejado la ciudad y se han trasladado a otras localidades siguen participando en el huerto de forma virtual a través de la lista de distribución y del blog.

La percepción de formar parte de una “comunidad” aparece bien asentada en ambos huertos. A los rasgos más característicos de la noción de comunidad, asociada a un espacio de solidaridad y mutualidad entre sus miembros, se añaden ahora rasgos novedosos, como una relación más flexible con el lugar, y, relacionada con ella, formas de participación virtuales junto a las presenciales. En paralelo al “reanclaje” (Cruces, 1997) al territorio, en virtud del cual se revaloriza la noción de proximidad observamos que se relativiza el sentido de lugar o, al menos, no es exclusivo ni excluyente, por lo que la comunidad asentada en él adquiere perfiles más porosos, más fluctuantes. Por ejemplo, ante el desalojo por las excavadoras municipales en Adelfas, el grupo participante continuó su vínculo de forma virtual, tal como exami-

na también Sama (2016a; 2016b) en el caso del Huerto La Revoltosa. No se trata de contraponer una imagen de “comunidad tradicional”, si es que alguna vez existió, a una “comunidad nueva” porque históricamente las comunidades han estado atravesadas por elementos de elasticidad, apertura y relación con otros lugares y una enorme variedad de formas de propiedad (Montesinos, 2013; 2015). Sin embargo, en nuestro trabajo etnográfico sí hallamos elementos distintivos de las comunidades creadas en torno a los huertos urbanos comunitarios, que precisamos a continuación.

La práctica de lo “comunitario” en los huertos urbanos estudiados sugiere una flexibilidad y apertura en los sentidos de pertenencia a una comunidad potenciada por la construcción de identificación que posibilita el uso de las nuevas tecnologías y de los espacios virtuales, que combinan lo presencial y lo virtual. Además, estas comunidades son menos dependientes del recurso en torno al que se aglutinan, como indican Castro-Coma y Martí-Costa (2016). Adicionalmente, se trata de lugares cruzados por todo tipo de lazos translocales que imbuen de un sentido más global al lugar, tal como argumenta Massey (2011), y como muestran los miembros de Adelfas y Huerto Batán dispersos en otras ciudades y países que siguen participando en los proyectos a través de las listas de correo electrónico. De este modo, se configura una noción de comunidad elástica, abierta, fluctuante, a veces dispersa. Así, se configura un concepto de comunidad inclusiva, con vocación de acoger a cuantos más mejor, a los de este barrio, pero también a los de otros barrios, a antiguos y a nuevos vecinos, a oriundos y a migrantes.

Tras la complejidad para comprender totalmente las dinámicas comunitarias se esconde su centralidad para pensar los procesos de cambio social en el contexto de la globalización. Los huertos apelan a lo “comunitario” como un marco cognitivo y simbólico inclusivo que mediante valores y prácticas compartidas mantiene la capacidad de acción colectiva sin exigir rígidos posicionamientos ideológicos.

Desde el Huerto Adelfas, Elena ilustra cómo estas iniciativas evocan sus aristas y su vocación transformadora, de forma que es perceptible, e incluso incómoda para algunos colectivos sociales: “La palabra comunitario tiene unas connotaciones políticas; en mucha gente mayor genera un posicionamiento del proyecto en un sitio. Es una palabra con una carga muy fuerte que para mí al principio no estaba”.

6. Articulaciones con otros agentes

Los huertos urbanos comunitarios actúan como conectores, poniendo en relación a múltiples agentes, tanto al nivel barrial, creando lazos y tejido social, como al nivel local y translocal, articulando redes, adhiriéndose a otras y conectando temáticas confluyentes. Las prácticas de los participantes contribuyen en diferentes formas a recomponer el tejido relacional de los barrios, dañado a lo largo de décadas de unas políticas urbanas que han fracturado el espacio público. Constituye lo que varios participantes de los huertos y de la Red denominan “hacer barrio”, que se expresa tanto en la creación de socialidad como en la rehabilitación del espacio.

Las actividades de ambos huertos han tenido un impacto importante en espacios intersticiales (Delgado, 1999; Sama, 2016a) —en el sentido de que se implantan en retazos olvidados en los planes urbanísticos— de sus respectivos barrios. En su segundo emplazamiento, cercano al centro social autogestionado, Huerto Adelfas ha contribuido a dinamizar una parte del barrio que constituía un espacio degradado entre solares de nueva urbanización, otros sin urbanizar y las vías del tren. Esto ha

generado cambios en las trayectorias del vecindario a la vez que ha contribuido a una “densificación” de las relaciones barriales.

La apropiación del espacio y su transformación progresiva en *lugar* ha implicado la aparición de un sentido de pertenencia que sintetizan las palabras de Alicia, informática en paro de Adelfas: “Un lugar donde hacer cosas colectivamente y conectar con la tierra, estar con gente que tiene algo en común, un punto del barrio que es nuestro de verdad, no es el parque frío e impersonal”.

Las prácticas de los participantes de ambos huertos han contribuido a transformar un espacio abandonado, un descampado, en un espacio construido y *cultivado* —literal y simbólicamente—. Con gran esfuerzo a lo largo de los primeros meses regeneraron tierra baldía en tierra de cultivo. La delimitación e identificación del espacio del huerto constituyen algunas de las principales prácticas en el proceso de apropiación. Se plasma, en el caso de Huerto Batán, con la demarcación un tanto simbólica del huerto ocupado con un alambre y una puerta sin candado y la colocación de carteles que dan nombre a las cosas y con los murales del Huerto de Adelfas —“Raíces” y “Muchos huertos pequeños, cultivarán pequeñas gentes que cambiarán el mundo”— que, como señala una de sus hortelanas, son muy significativos y forman parte de la historia de los huertos urbanos de Madrid.



Fig. 1. Grafiti en Huerto Adelfas

Además, el tránsito de “huertan@s” ha revitalizado en ambos casos espacios mortecinos. En el caso de Adelfas, el trasiego de gente que participa en el centro social ha atraído a otros vecinos, que ahora comienzan a pasar por allí, curioseando.

Todo los domingos se acerca gente y se asoma a la valla [del huerto] —dice Susana—. Le vas explicando a la gente que es un espacio abierto y conocen lo que es. Que se acerque gente tímidamente y vayas a invitarle a pasar, a participar, es una anomalía. No hablamos casi con la gente que no conocemos en la ciudad, y aquí sí se da esa bienvenida, esa invitación.

Estos acercamientos crean oportunidades para conversaciones en torno al huerto y otras cuestiones, se intercambian informaciones y se crean nuevas complicidades.

Otra de las iniciativas de los primeros meses en Huerto Batán fue construir una bancada como zona de reunión, que llamaron “el anfiteatro”. La construcción de ese espacio para realizar las asambleas y sentarse a charlar a la sombra, asignó un lugar material al espacio de representación de su organización asamblearia y horizontal. También sirvió como lugar de reunión nocturno y “botellón” a jóvenes del barrio. Así, adquirió sentidos bien distintos para uno y otro grupo. Más adelante, cuando el Ayuntamiento otorgó la cesión de un nuevo espacio a Huerto Batán, los “huertan@s” construyeron con tablonés una mesa, a la entrada del huerto nuevo, que llamaron “el porche” y que se convirtió en el nuevo lugar de reunión.

Durante la rehabilitación del espacio en Huerto Batán tuvo lugar un hecho fundamental que contribuyó a “hacer barrio”: a medida que el huerto tomaba forma, emergió una especie de calle entre el huerto y las canchas deportivas por donde los vecinos comenzaron a pasear. La aparición de esta vereda ejemplifica de una forma tangible la construcción de barrio, tanto en el sentido físico como simbólico.

En el proceso de apropiación del espacio, la proximidad constituye un elemento integrador esencial de los objetivos de los huertos, y en concreto en estos dos casos de estudio. Inés, técnica municipal de Medio Ambiente en un Ayuntamiento del área metropolitana de Madrid y hortelana de Adelfas, lo expresa así: “El huerto es más fácil si está cerca de casa, pues dices: «bajo», y vences perezas”. En el mismo sentido se expresa Isabel, de Huerto Batán:

Antes había participado en otras iniciativas ciudadanas, pero en mi barrio no. Lo nuevo para mí era eso, que me parecía muy interesante, porque participas pero siempre está lejos de donde vives. He estado en colectivos, o en sindicatos, o en grupos culturales, pero vas y vuelves. Lo interesante a mí me parecía es que las cosas se centraran en tu barrio porque entonces podías participar mucho mejor, y para mí eso es clave, porque si tengo que ir en metro a un sitio... es que ya... estaré muy vieja ya, pero es que no me da... no me da la energía. Pero si es en mi barrio, ya estoy donde tengo que participar y entonces es muy fácil para mí.

Junto a la producción del espacio, la creación de lazos en el ámbito de los huertos estudiados sirve como conector entre agentes y redes. En el huerto participan personas que no se conocían entre sí y que se juntan en torno a un proyecto, poniendo en relación a gente del barrio muy distinta, algo que Jorge, hortelano de Adelfas, pone de manifiesto de forma autorreflexiva:

Estamos acostumbrados a un ocio con gente de tu edad... y [el huerto] te rompe los esquemas. A los tres meses de venir te das cuenta de que estás pasando muchas

horas con una persona como Pilar, de 80 años. Y si lo piensas fríamente, dices: “¿Qué estoy haciendo?”. Pero en el día a día estás tan a gusto que no lo cuestionas.

Por otro lado, los huertos urbanos nacen con vocación de apertura, afán de convocatoria y de aglutinar gentes y proyectos entre el vecindario, algo que, como afirma Mario, de Adelfas, logran en buena medida. “Nosotros llegamos aquí hace unos meses y no conocíamos a nadie. El huerto permite conocer gente local con la que es más fácil tejer relaciones de vecindad. Un huerto comunitario permite esas relaciones de cercanía”.

Pero estos espacios exceden las lindes barriales para entretejer sus lazos con otras redes o alimentar nuevas iniciativas. Los dos huertos participan en las fiestas de San Isidro, abriendo sus puertas a la ciudadanía y ofreciendo distintas actividades, y participaron en la bicicletada organizada de visita a varios huertos de Madrid en abril de 2016. Huerto Batán ha establecido relaciones de cercanía con organizaciones comprometidas con la ecología o el cambio social en Madrid, mientras que participantes de Adelfas han tenido un papel relevante en la dinamización de la Red de Huertos Urbanos Comunitarios de Madrid. Desde la Red existe una relación con el Ayuntamiento de Madrid labrada a lo largo de los años, desde el Gobierno de Ana Botella, y hay una gran cercanía con el equipo del Departamento de Medio Ambiente. Estos lazos se han fortalecido desde la llegada al consistorio del nuevo equipo municipal, la plataforma ciudadana Ahora Madrid, con quien existe una gran sintonía. Daniel, miembro de la Red y del Huerto de Adelfas, quien tuvo un papel relevante en las negociaciones con el Ayuntamiento para la regularización de los huertos, destaca:

Para nosotros es clave haberlo conseguido con el equipo anterior, el propio PP, lo que permite sacar los huertos y las dinámicas comunitarias de los debates partidistas; que no se pueda convertir en un arma arrojada entre partidos, que no sean instrumentalizados. Es muy importante que [los huertos] mantengan su autonomía como iniciativas sociales.

Por otro lado, ambos huertos mantienen lazos con diversas organizaciones, redes y plataformas madrileñas, pero también a escala translocal, vinculadas con la movilización política ciudadana, la soberanía alimentaria y la agroecología, como Madrid Agroecológico, la Federación Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid (FRAVM), y la Red de Espacios Ciudadanos, entre otras.

7. Conclusiones

Frente a las dinámicas de metropolización de Madrid, con un espacio metropolitano policéntrico y una profunda transformación del casco antiguo (Monge, 2016) y políticas urbanas mercantilizadoras realizadas en las últimas décadas, los comunes se presentan como expresión de la emergencia de un urbanismo cooperativo, intensivo en protagonismo ciudadano y en formas más democráticas de entender lo público. En los casos estudiados resulta evidente cómo nuevas formas de habitar que impliquen la responsabilidad ciudadana en la gestión directa de fragmentos del territorio se traducen en nuevas espacialidades y nuevas prácticas comunitarias. Los huertos

urbanos suponen procesos de rehabilitación urbana, tanto en forma de transformaciones materiales a pequeña escala, como, especialmente, en forma de rehabilitación relacional, en cómo se construyen los vínculos entre las personas y de estas con el entorno. Los huertos comunitarios actúan en la producción y transformación de lo urbano incidiendo en lo humano, en los estilos de vida más que en las remodelaciones físicas.

En un contexto de crisis urbana que viene de atrás, los huertos urbanos comunitarios surgen y se desarrollan como alternativa que busca ensayar respuestas políticas y sociales a cuestiones “clásicas” y novedosas, al tiempo que prestan atención a los lazos sociales y de afectos. Su baza es traer a lo próximo problemas planetarios y darle cuerpo en prácticas concretas. En ellos confluye la crítica a diversas problemáticas políticas con cuestiones cotidianas, como la ocupación del espacio público para su uso y disfrute, el cuidado y gestión del espacio y de la persona, o la salud, la alimentación y los derechos de los animales, que ahora se politizan desde lo local y cotidiano.

Los huertos urbanos promueven la corresponsabilidad y la participación de las comunidades locales —fomentando el manejo de una pluralidad de saberes técnicos y profanos asumiendo la diversidad de actores y la necesidad de gestionar los conflictos de intereses, entre otros—, e impulsan otras formas de satisfacer necesidades —expresivas, culturales, de pertenencia, de participación, pero también económicas— y de gestionar espacios y recursos. En este sentido podemos afirmar que fomentan estrategias innovadoras de regeneración urbana participativa, tanto autónomas, como basadas en la coproducción de políticas públicas que apuestan por reconocer y maximizar la creatividad y la inteligencia colectiva presente en nuestras ciudades (Subirats, 2015).

De los tres elementos que conforman la actividad de los huertos comunitarios como comunes urbanos —el recurso, la comunidad y el modo de gestión—, en este texto hemos explorado el tipo de comunidad que producen a través de los vínculos entre los participantes y otros agentes y de su relación con el espacio. Podemos concluir que en la gestión de los espacios estudiados, aun contando con mecanismos formales —asambleas, comisiones de trabajo—, son especialmente importantes los mecanismos informales, de modo que la definición de reglas y el reparto de responsabilidades se produce en base a la experiencia y la iniciativa personal, así como la transmisión de conocimiento que depende de la presencia continuada y de los intereses personales. Esta horizontalidad que es característica de la gestión comunitaria, por una parte permite una distribución y democratización del liderazgo, pero también puede generar dependencias y suponer un problema en la medida en que no existe una sistematización y una generalización en el proceso.

Los huertos urbanos presentan escenarios de primer orden donde experimentar y desarrollar las inquietudes personales y colectivas en torno a una tarea, el cultivo ecológico de un huerto, produciendo conocimiento que permea del centro hacia la periferia del grupo y avanzando en el aprendizaje colectivo. Las soluciones técnicas alcanzadas en un proceso de investigación del propio grupo proporcionan un sentido de orgullo y cohesión.

Hemos planteado que el ejercicio del derecho a la ciudad supone una territorialización de los movimientos sociales, en la medida en que la reclamación y la actuación se producen sobre un espacio cercano, conocido, apropiado, vivido y proyectado hacia el futuro. En este sentido, se han apuntado elementos novedosos característicos en la

producción de comunidad, siendo el huerto y su transformación física definitorios del sentido de identificación y pertenencia, que ahora puede ejercerse de modo presencial o virtual. Se constata cómo en la práctica de los huertos comunitarios estudiados, la relación con el espacio físico es flexible. La pertenencia a la “comunidad” no depende tanto de la proximidad como de la voluntad de unirse a un proyecto, y en ocasiones incluso cuando la presencia física cotidiana no es posible, una “comunidad” de carácter flexible y poroso se mantiene unida de forma virtual gracias a las nuevas tecnologías y medios de comunicación. Del mismo modo, cuando el espacio físico desaparece, se amplía o cambia de lugar, la comunidad y el proyecto se adaptan.

Finalmente se puede destacar que la localización urbana hace que estas comunidades se relacionen con otros agentes y se inserten en redes más amplias, el barrio, la ciudad y más allá. De este modo, se producen nuevas relaciones en los vecindarios, mediadas por el huerto y se produce una inserción de la “comunidad” en redes de movilización a escala urbana e interurbana.

En este estudio hemos examinado las prácticas y sentidos de la “comunidad” y lo “comunitario” en dos huertos urbanos de Madrid, así como la dialéctica entre la dimensión personal y la comunitaria. Representa una primera aportación que en absoluto agota este ámbito. Al contrario, podría contrastarse y/o ampliarse en futuras investigaciones similares en otros huertos urbanos madrileños y de otras latitudes. Queda también abierto indagar en los elementos que aglutinan o dispersan a las agrupaciones en los huertos urbanos como exponente de los grupos de articulación ciudadana.

8. Referencias Bibliográficas

- Barthel, Stephan; Folke, Carl; Colding, Johan (2010). “Social-ecological memory in urban gardens: retaining the capacity for management of ecosystem services”. *Global Environmental Change*, 20 (2): 255-265.
- Borja, Jordi (2003). *La ciudad conquistada*. Madrid: Alianza.
- Castro Coma, Mauro; Martí Costa, Marc (2016) “Comunes urbanos: de la gestión colectiva al derecho a la ciudad”. *EURE*, 42, 125:131-153.
- Colding, Johan; Barthel, Stephan (2012). “The Potential of ‘Urban Green Commons’ in the Resilience Building of Cities”. *Ecological Economics*, 86: 156-166.
- Cruces, Francisco (1997). “Desbordamientos. Cronotopías en la localidad tardomoderna”, *Política y Sociedad*, 25:45-58.
- De Angelis, Massimo (2003). “Reflections on alternatives, commons and communities”. *The Commoner*, 6:1-14.
- Delgado, Manuel (1999). *El animal público*. Barcelona: Anagrama.
- Delanty, Gerard (2006). *Community. Comunidad, educación ambiental y ciudadanía*. Barcelona: Grao.
- Dimuro, Glenda; Soler, Marta; Manuel, Esteban (2013). “La agricultura urbana en Sevilla: entre el derecho a la ciudad y la agroecología”. *Hábitat y Sociedad*, 6: 41-64.
- Eizenberg, Efrat (2011). “Actually Existing Commons: Three Moments of Space of Community Gardens in New York City”. *Antipode*, 44, 3: 764-782.
- Fernández Casadevante, José Luis; Morán, Nerea (2012). “Nos plantamos! Urbanismo participativo y agricultura urbana en los huertos comunitarios de Madrid”. *Hábitat y Sociedad*, 4:55-71.

- Fernández Casadevante, José Luis; Morán, Nerea (2015). *Raíces bajo el asfalto. Pasado, presente y futuro de la agricultura urbana*. Libros en Acción.
- Latouche, Serge (2007). *La otra África. Autogestión y apañío frente al mercado global*. Barcelona: Oozebap.
- Lefebvre, Henri (1978 [1969]). *El Derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- Linn, Karl (2009). *Building Commons and Community*. Oakland: New Village Press.
- López, Daniel; López, José Ángel (2003). *Con la comida no se juega. Alternativas autogestionarias a la globalización capitalista desde la agroecología y el consumo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- López, Daniel (2015). *Producir alimentos, reproducir comunidad*. Libros en Acción.
- Maffesoli, Michel (2004 [1988]). *El tiempo de las tribus*. México D.F.: Siglo XXI.
- Magnaghi, Alberto (2012). *El proyecto local. Hacia la conciencia de lugar*. Barcelona: UPC.
- Massey, Doreen (2011). “Un sentido global del lugar”, en A. Abel y N. Benach, Doreen Massey. *Un sentido global del lugar*. Barcelona: Icaria, 112-129.
- Mauss, Marcel (2009[1925]). *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires-Madrid: Katz.
- Melucci, Alberto (2001). *Vivencia y convivencia: teoría social para una era de la información*. Madrid: Trotta.
- Monge, Fernando (2016). “Introduction. Emerging Social Practices in Urban Space: The Case of Madrid”. *Urbanities*, 6 (1): 3-6.
- Montesinos, Lidia (2013). *Iraliku’k: la confrontación de los comunales. Etnografía e historia de las relaciones de propiedad en Goizueta*. Tesis doctoral. Universidad de Barcelona.
- Montesinos, Lidia (2015). “La antropología y el derecho ante los fenómenos posesorios: entre la comunidad y la propiedad”. *Revista de Antropología Social* 24: 53-81.
- Ostrom, Elinor (1990). *Governing the Commons: The Evolution of Institutions for Collective Action*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Parker, Peter; Johansson, Magnus (2011). “The uses and abuses of Elinor Ostrom’s concept of commons in urban theorizing”, en International Conference of the European Urban Research Association (EURA) 2011. *Cities without Limits*, Copenhagen 23-25 junio.
- Partalidou, Maria; Anthopoulou, Theodosia (2016). “Urban Allotment Gardens during Precarious Times: From Motives to Lived Experiences”. *Sociologia Ruralis*. [en línea] <<http://dx.doi.org/10.1111/soru.12117>> [15 de agosto de 2016].
- Riechmann, Jorge (2012). *Interdependientes y ecodependientes. Ensayos desde la ética ecológica*. Madrid: Proteus.
- Sama, Sara (2016a) “«Take Part in the Community Vegetable Garden!»: Community Appropriation and Management of the Urban Public Space”. *Urbanities*, 6 (1):39-56.
- 2016b “De la smart city a los huertos comunitarios”, en F. Cruces (Coord.), *Cosmópolis. Nuevas maneras de ser urbanos*. Barcelona: Gedisa, 167-200.
- Subirats, Joan (2015). “Políticas urbanas e innovación social. Entre la coproducción y la nueva institucionalidad. Criterios de significatividad”, en J. Subirats y A. García (eds.) *Innovación social y políticas urbanas en España. Experiencias significativas en las grandes ciudades*. Barcelona: Icaria.
- Sugranyes, Ana (2010) “El derecho a la ciudad. Praxis de la utopía”. *Habitat y Sociedad*, 1:71-79.
- Wellman, Barry; Leighton, Barry (1979). “Networks, Neighborhoods, and Communities. Approaches to the study of the Community Question”. *Urban Affairs Quarterly*, 14 (3):363-390.

Zibechi, Raúl (2007). *La educación en los movimientos sociales*. Programa de las Américas IRC Lima.